



Editorial Universidad de Antioquia

Conversación en las aulas

Ensayos de investigación
biográfica narrativa en educación

Gabriel Jaime Murillo Arango



Educación



Editorial Universidad de Antioquia

Conversación en las aulas

Ensayos de investigación
biográfica narrativa en educación

Gabriel Jaime Murillo Arango

Educación

Conversación en las aulas
Ensayos de investigación biográfica
narrativa en educación

Gabriel Jaime Murillo Arango

Educación

Editorial Universidad de Antioquia®

Colección *Educación*

© Gabriel Jaime Murillo Arango

© Editorial Universidad de Antioquia®

ISBN: 978-958-714-992-0

ISBNe: 978-958-714-993-7

Primera edición: febrero del 2021

Hecho en Colombia / Made in Colombia

Prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio o con cualquier propósito,
sin la autorización escrita de la Editorial Universidad de Antioquia®

Editorial Universidad de Antioquia®

(574) 219 50 10

editorial@udea.edu.co

<http://editorial.udea.edu.co>

Apartado 1226. Medellín, Colombia

Imprenta Universidad de Antioquia

(574) 219 53 30

imprensa@udea.edu.co

*A Patricia y Simón,
que siempre están en la conversación*

*Todo es muy sensible y concreto: un pescador arroja la red
y otro le ayuda lastrándola. ¿Quién soy yo? ¿Y quién eres tú?*
Hans-Georg Gadamer, *¿Quién soy yo? ¿Y quién eres tú?*

Prólogo

En mis recuerdos permanecen vivos el entusiasmo y la promesa que rodearon aquellos encuentros de diálogos interminables sobre lo que hacíamos, lo que leíamos o escribíamos entonces, en los días calurosos de un verano anticipado en Buenos Aires hace más de diez años. Éramos un grupo de investigadores procedentes de diferentes universidades de Europa y América del Sur que nos reunimos para intercambiar nuestras experiencias de trabajo en la formación de profesores, que se toma como un asunto serio el papel de las narrativas tanto en la educación como en la vida. A los diálogos fueron invitados más de un centenar de educadores del gran conurbano bonaerense, integrantes de redes de documentación narrativa de experiencias, y otro tanto de estudiantes de *Filo*, como se le conoce coloquialmente a la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Yo presentaba mi primer libro traducido al español, *Biografía y educación. Figuras del individuo-proyecto* (2009). Además de un ejemplar con este título, también recuerdo haber dejado para Gabriel uno autografiado de *La condition biographique. Essais sur le récit de soi dans la modernité avancée*, entonces no traducido al español. No sospechábamos que apenas comenzaba una intensa relación de enseñanzas mutuas, trabajo cooperativo y amistad, que ha hecho posible el afloramiento de afinidades electivas

en el orden del saber y la estética del mundo, nada extrañas al dulce sabor de la fraternidad y la hospitalidad.

Cinco años más tarde, gracias a la iniciativa de Gabriel, tuve la satisfacción de ver publicada por la Editorial Universidad de Antioquia la traducción al español de ese libro (*La condición biográfica. Ensayos sobre el relato de sí en la modernidad avanzada*, 2015). En él planteo una aproximación plural a los efectos múltiples de transformación vividos por los individuos bajo las nuevas formas de la sociedad, las instituciones y los gobiernos que conminan a hacer de las vidas contemporáneas un ejercicio perenne de autorrealización individual. Ante la desaparición de los grandes relatos que concedían la comodidad de una fe común en un mejor futuro realizable, la recurrencia actual de los relatos biográficos es una manifestación de la incertidumbre y la diseminación propias de las sociedades de riesgo. No solo han cambiado los patrones en las relaciones laborales sino, además, los ritmos y las intensidades en el manejo del tiempo cotidiano, las pautas de consumo, las relaciones de afecto y del amor filial, los objetos de deseo; en fin, los estilos de vida.

Inscrita en el marco de esta problemática que despliega una interrogación fundamental dirigida a la comprensión de nuestro tiempo, esta obra que ahora tenemos entre manos, *Conversación en las aulas* de Gabriel Jaime Murillo, prosigue el diálogo abierto entre Europa y América enriqueciendo nuestros enfoques y temas, gracias a la audacia y los desafíos que demandan la vida y el pensamiento en el Sur. Desde la tabla de contenido se advierte ya que la obra oscila entre una visión panorámica y una acotada en la escala del espacio biográfico educativo de Colombia, siguiendo la curva que dispara un flechazo certero para dar en el blanco del capítulo 3. Aquí se extiende una mirada al pasado remoto de la Antigüedad para dar cuenta de que en materia de escritura de sí la mesa ya está servida. Como mostró Foucault, en la Grecia clásica se constata la unión inseparable que existe entre las técnicas del cuidado o de perfeccionamiento de sí y los modos de escritura autobiográfica y de relatos de vidas ejemplares. Esta es, de hecho, una alianza fundante de toda teoría y práctica pedagógica extendidas a través de la

historia de Occidente. Es así como se ha dado la sucesión de san Agustín, Abelardo, el pietismo alemán, Montaigne, Rousseau, el romanticismo decimonónico, la novela de formación, la literatura testimonial... Dicha sucesión de “figuras” históricas —como es nombrada por su autor— traza las líneas gruesas del recorrido genealógico que antecede la eclosión del movimiento social y educativo de historias de vida desarrollado con fuerza a partir de los decenios finales del siglo xx. Con el fin de proporcionar un panorama más amplio, si cabe, el capítulo 2 se dedica a explorar las raíces conceptuales y los métodos que distinguen los más sobresalientes aportes a la comprensión de las vidas singulares desde la perspectiva de la antropología, la sociología y la historia. Ya la puerta había sido abierta con la tesis liminar que constituye el fundamento de toda filosofía de la educación, entendida como la acogida al otro, al recién llegado que busca aprender, al que se pretende guiar en la aventura de vivir, dejándonos en el umbral del capítulo 1.

Con estas premisas que se alimentan de las más ricas fuentes de distinta procedencia, la otra mitad del libro se ocupa del caso particular de la evolución histórica de la investigación biográfico-narrativa en Colombia, animada por la inquietud de hallar claves de interpretación acerca del crisol conformado por el sustento teórico, más los desafíos de responsabilidad social, más el compromiso intelectual y político que demandan los oficios de educador y científico social, particularmente en los países del Sur, lo cual confiere rasgos característicos al campo de las narrativas en educación.

Los trazos gruesos con que es dibujado el espacio biográfico en Colombia —el tema del capítulo 4— proporciona una vívida imagen en ebullición de un país sin reposo, atormentado por un pasado de guerras y soledades que no acaba de ser redimido, y en sus mejores momentos pareciera que vuelve a hacer del presente una utopía siempre en fuga. Pero esto quizás es una imagen brumosa que impide ver la fuerza telúrica de una sociedad que asombra por su extrema diversidad, capacidad de resistencia y creación intelectual. Es lo que muestran las figuras icónicas, nimbadas de tragedia y de

comedia en el arte de Beatriz González, en las esculturas efímeras como contramonumentos de memoria de Doris Salcedo, en las conmovedoras imágenes fotográficas de Jesús Abad Colorado o en la audacia formal de los retratos como fantasmas de seres anónimos y desaparecidos de Óscar Muñoz, que aprendí a apreciar con delectación en una memorable exposición en París. Y es lo que muestra también la literatura testimonial erigida más allá de los cánones al uso que ciertas escuelas hubieran querido sepultar bajo la etiqueta convencional de lo real maravilloso americano. Se trata de un abanico de géneros mediante los cuales se evidencian distintas formas de expresión del testigo de una época, que ha perdido su inocencia.

El capítulo 5 expone la concurrencia de una variedad de direcciones, intenciones, propósitos, métodos y productos en el campo de las narrativas de experiencia escolar que, aun cuando no en todos los casos, procura establecer vínculos con la investigación formativa en educación. Por encima de todo, relumbra de lejos el impacto del movimiento pedagógico de los años ochenta del siglo pasado como una piedra miliar en la historia de los movimientos pedagógicos de América Latina, por cuanto dejó una ventana abierta a nuevas lecturas sobre la vida cotidiana en las aulas y las vidas de maestros.

El libro cierra con un capítulo de cuya reflexión y elaboración sistemática he sido testigo a lo largo de la última década. Un proceso sin cesar que coincide, en un contexto amplio, con los análisis permanentes sobre las coyunturas difíciles que atraviesa Colombia, sacudida por las crueldades de la guerra y la injusticia, y, en un contexto más reducido, con mi acercamiento de cuerpo presente a un país que he aprendido a sentir, sufrir, identificar, recordar, como uno más de los países que me han hecho y yo he hecho míos. Ha sido durante este tiempo cuando he frecuentado los simposios internacionales sobre narrativas en educación celebrados en Medellín, y en los que he podido sentir cómo late en los corazones de maestros y maestras, profesionales y gentes del común la urgencia de una pedagogía de la memoria en las aulas de escuelas, colegios y universidades, lo que hará posible que las nuevas generaciones de

colombianos puedan, al fin, abrazar la utopía de una paz presente en la vida de todos los días.

Christine Delory-Momberger

Profesora de la Universidad Sorbona París Norte

Profesora asociada de la Universidad del Estado de Bahía (Brasil)

París, 2020

Presentación

Desde hace tiempo frecuento la lectura intempestiva de Walter Benjamin, dejándome deslumbrar cada tanto por su inagotable variedad de matices y su desafiante contestación de aquello que creemos inamovible e irrevocable, a la par de hacernos ver sin concesiones que cada uno es obra de sí mismo y se reconoce solo a través de la crítica. Entre otras lecciones, aprendí que la experiencia, cuando se piensa o cuando se dice, es la piedra de toque del ejercicio de una escritura que se hace a tientas, ensayando, en la que la argumentación se genera conforme avanza la conversación, incluso con desvíos y pausas, dando vueltas, sin dejar de construir y buscarse a la vez. Así, somos invitados a leer el paradigmático artículo *El narrador*, donde el autor pone en relación la pérdida creciente de la facultad específicamente humana de intercambiar experiencias, con que cada vez se hace más raro encontrar a quien sepa contar historias como es debido, a causa de la cotización a la baja de la experiencia.

Antes de las guerras y del vértigo causado por las innovaciones tecnológicas, la narración es una forma privilegiada de mediación en la que el contenido de lo narrado se desprende de la propia experiencia vivida o le ha sido transmitido por otros, convirtiéndose a su vez en experiencia para el que escucha o lee, de tal modo que el receptor es capaz de recordar lo que no ha vivido, la experiencia no

experimentada en carne propia, pero que le ha sido entregada en el relato. La figura del narrador hábil en el dominio de la creación oral encuentra sus arquetipos en el marino mercante y en el campesino sedentario, cada uno con sus relatos de tierras lejanas al volver a casa o de las memorias de los antepasados y acontecimientos fundadores de la comunidad.

A la acción de narrar y a la acción de educar les es común la transmisión de experiencia: “el narrador forma parte del mismo universo que el maestro y el sabio”, añade Benjamin (2018, p. 250). El aula de clase, así como lo fuera en su momento el taller artesanal, es un lugar privilegiado donde el alumno está en capacidad de vivir la experiencia que le es transmitida por un maestro dotado del saber de una experiencia. Un transmitir adherido a una voz, *vox* —entendida en su sentido más amplio—, cuya raíz se prolonga en *vocatio, onis, vocación*; un sustantivo que designa la competencia de aquel que entrega una ofrenda, lo que es dado como respuesta a la llamada del otro, a la demanda de aquel que desea aprender. Como afirmó María Zambrano (s. f.): “Podría medirse quizás la autenticidad de un maestro por ese instante de silencio que precede a su palabra, por ese tenerse presente, por esa presentación de su persona antes de comenzar a darla en activo y aún por el imperceptible temblor que le sacude. Sin ellos, el maestro no llega a serlo por grande que sea su ciencia”.

Con lo dicho no se pretende certificar un discurso de dirección única que prohija la palabra omnisciente del maestro, sino más bien mostrar en relieve el valor de las narrativas de experiencia que proporcionan un fundamento epistemológico a la acción pedagógica. Una acción no reducida a la mera transmisión de información en el marco de un sistema de comunicación dado, ni tampoco a un trabajo de desciframiento o decodificación en los términos de una instrucción programada. Se trata, sí, de una dialéctica de escucha recíproca, de estar siempre abierto a lo otro, que conlleva la exigencia de estar dispuesto a la afectación desde el afuera tanto como a la reflexión sobre sí mismo, fundada en el hecho de que nadie aprende en lugar de otro, así como no hay más que

“vivir para contarla” —para decirlo con el título genial de la autobiografía inacabada de Gabriel García Márquez.

En una entrevista llevada a cabo casi al final de su larga vida, Hans-Georg Gadamer ponderaba en los siguientes términos el significado del concepto *experiencia*, como aquel que ejerce una función divisoria entre, por un lado, el método de las ciencias físico-naturales y, por otro, el método de las artes y las ciencias humanas en la búsqueda de la verdad:

El hecho de ser experimentado no significa que uno conozca algo de una vez y para siempre ni que se aferre a la supuesta verdad de ese conocimiento; antes bien, uno se vuelve más abierto a las nuevas experiencias. Una persona experimentada no es dogmática. La experiencia tiene un efecto liberador: nos permite abrirnos a experiencias nuevas [...], en nuestra experiencia no damos nada por terminado, sino que aprendemos de continuo cosas nuevas [...], a esto llamo yo el carácter interminable de toda experiencia. (Citado en Jay, 2009, p. 464).

El concepto de experiencia está en la raíz de los enfoques de interpretación conjugados en el análisis de las narrativas de vida de los actores sociales, entre las que se cuentan las biografías de alumnos y profesores cultivadas en el espacio escolar. Las miradas plurales que responden a distintos horizontes de sentido, como también a acentos y modos de ver, han dispuesto de una caja de herramientas indispensable en el examen de la condición biográfica en el tiempo contemporáneo. A la actualidad de una “modernidad avanzada”, caracterizada por cambios profundos que han afectado los modelos de existencia y los estilos de vida, al igual que la exaltación de un “imperativo biográfico” según el cual los individuos son conminados a responder por sus propias historias de vida, por la (auto)realización personal, corresponde la expresión de formas plurales de narrativa del individuo-proyecto. Participamos de un “hecho antropológico” (Delory-Momberger, 2009, 2015) reflejado en los pequeños detalles del mundo de relaciones que se tejen entre el individuo y las representaciones de sí y de los otros, en las relaciones de trabajo y en la escuela, en el núcleo familiar, en el circuito del consumo, en la amistad y en el amor.

Entre otras nociones novedosas puestas en práctica desde este enfoque interdisciplinario, se nombra de inmediato la noción biografización, a cuyo alrededor emergen otras tantas como:

biografía del aprendizaje, aprendizaje biográfico, espacio biográfico; iluminadas por los focos de atención que se han puesto sobre la performatividad y las voces de los actores. La utilización de esta caja de herramientas, probada largamente en programas de educación de adultos en países de puertas abiertas a la inmigración y a la democratización de los bienes sociales —que a la vuelta del siglo prácticamente habían sido enviados al cuarto del desván—, permite comprender los procesos de aprendizaje e identidad narrativa de los sujetos en contextos variados y a lo largo de toda la vida: del nivel de educación preescolar y primaria a la educación superior; de la escuela de barrio al escenario internacional; del lugar de la memoria a la memoria del lugar.

Desde hace tres décadas, en buena parte de América Latina, con grados desiguales de intensidad y extensión, se han venido conformando grupos de trabajo enmarcados en esta tendencia investigadora que contribuyen a la consolidación de un “campo biográfico-educativo”. Para Souza, Serrano y Ramos este campo está delimitado por:

los asuntos biográficos, bajo cualquier denominación, [que] son las temáticas de las ciencias sociales en su conjunto o, dicho de otra manera, la aproximación biográfica es un punto de intersección de los campos de conocimiento, a la vez que mantiene disposiciones epistemológicas y teórico-metodológicas que lo constituyen como campo específico y consolidado de investigación [...], lo biográfico se ha convertido en el epítome de las ciencias sociales modernas y del saber educativo en general. (2014, p. 684).

Dicha producción exhibe de forma marcada la interconexión de los campos de conocimiento, y sobre todo destaca la fecundidad por la apropiación original en su diversidad, sin renunciar a la lectura crítica de su propia historia y a las circunstancias del presente de las deliberaciones y los hallazgos provenientes de la literatura inglesa, francesa, alemana, junto con la proyección creciente de los trabajos en lengua portuguesa. No obstante, es débil el eco de otras zonas geográficas como Asia o África, o quizás más probablemente debido a la existencia de espacios limitados de circulación más que de producción, lo que nos ha privado de un conocimiento de escala global. Allá como aquí, ciertamente el enfoque biográfico en las narrativas de educación se remonta a pocos decenios atrás, si

tomamos en cuenta los volúmenes de sistematización y los informes oficiales nutridos de gráficas, argumentaciones y enfoques de interpretación conocidos, como tampoco pasa por alto el reconocimiento de una tradición de emergencias y rupturas en el universo de las ciencias sociales aplicadas al conocimiento local.

Basta con abrir los ojos para comprobar que la actualidad del enfoque biográfico narrativo en educación no da lugar a dudas sobre la validez y pertinencia de las teorías y prácticas múltiples contenidas en los programas de formación. Ya sean creadas y desplegadas en los talleres de antropología, sociología, historia, o en las artes y la literatura, vivimos un renacer de la narrativa de la mano del retorno del sujeto, con frecuencia amplificadas en las voces de los inmigrantes europeos en América, y más recientemente de africanos, asiáticos y latinos procedentes de todos los lugares en Europa, o de multitudes de centroamericanos que traspasan la frontera de Estados Unidos, o del éxodo de venezolanos hacia todas partes. Y qué decir de las víctimas y los soldados que retornan enmudecidos de los campos de batalla, haciendo más pobre la experiencia —como recordaba Benjamin—, o de las voces del pasado o de los excluidos, marginados y extranjeros, en las sociedades posindustriales y en las sociedades poscoloniales, todas las cuales nos permiten elevar los testimonios vivos a la categoría de documentos de la cultura.

El camino recorrido a lo largo de estos capítulos me condujo, en el capítulo 1, a explorar las raíces conceptuales que permiten explicar desde una perspectiva antropológica al ser humano como un ser acogido y reconocido, junto con la comprensión del modo como se configura la identidad personal al unísono con el acto de narrar la vida. Este punto de partida, creo, nos dota de un horizonte de inteligibilidad de la biografía de una vida como un proceso nunca acabado de formación, al mismo tiempo que respalda la convicción de que en medio de las crisis que acompañan el mundo de la educación siempre hay que volver a plantear la pregunta seminal: ¿Qué es educar? De este modo se contaría con una suerte de prelude para renovar la crítica desmitificadora de la idea de educación como fabricación, heredada de la filosofía de la educación arendtiana:

Porque una subjetividad no está compuesta de una lucha a favor de lo que uno quiere ser, sino también de una lucha por lo que no se es, ya que toda identidad, más que la revelación de una esencia inmutable y siempre única es un relato, una narrativa. Lo que somos no es el resultado de una ontología, ni de una metafísica, sino de una narración y de una lucha. (Bárcena, 2006, p. 186).

Y esto es un imperativo, si se quiere llamar así, en las condiciones presentes de una visión dominante en buena parte de la esfera pública, representada en las políticas de Estado y de las corporaciones multinacionales, que mantienen los programas de educación subyugados a las leyes del mercado. Según esta visión, es mayor la responsabilidad del individuo en la realización exitosa o en el fracaso de sus ideales de vida que la responsabilidad del Estado, que se retrae así de sus deberes institucionales portadores de una ideología democrática de la modernidad. La idea maldita del capitalismo salvaje “sálvese quien pueda” es la otra cara de la conminación biográfica “haz tu propia vida”.

Se insistirá en el capítulo 2 en que el enfoque biográfico en educación no aparece como un *deus ex machina* en las fuentes originales de la pedagogía, sino que este ha sido antecedido por un acumulado de nociones, métodos y objetos de estudio en campos diversos de la antropología, la sociología y la historia, razón por la cual indago acerca de cómo ha sido apropiado este bagaje teórico y empírico de las historias de vida en el campo de las narrativas en educación. Estos testimonios vivos tomados como lo que son, documentos de cultura, justifican por sí mismos, en la apertura del capítulo 3, el exordio de la solemne declaración de Svetlana Alexiévich, quien prefiere ser vista, ante todo, como “una historiadora de los sentimientos, una historiadora del alma” (2015, p. 19).

El capítulo 3, entonces, ofrece un bosquejo de las más sobresalientes formas de escritura de sí, desde san Agustín, pasando por los pietistas en la Alemania de Lutero, las confesiones solitarias de Rousseau, la *Bildungsroman* del romanticismo decimonónico, la literatura testimonial de las posguerras, antes de mostrar una semblanza de la situación del individualismo reflexivo o individualismo institucionalizado en las sociedades de modernidad

avanzada, que instauro la figura de un sujeto potencialmente capaz de hacer un mundo por sí mismo que habría de encarnar la condición biográfica en medio de la crisis de los metarrelatos de hoy.

El capítulo 4 pretende ofrecer una mirada plural ajustada a la definición amplia y perspectivística del espacio biográfico, como lo concibe Leonor Arfuch (2007, 2014), que procura captar esa ebullición cultural, mediática y hasta política que caracteriza nuestro presente y que ha dado lugar a una reconfiguración de la subjetividad contemporánea, con el propósito de captar a la vez el registro de la voz en primera persona equivalente al testimonio de una experiencia, como el registro de una nueva “intimidad pública”, en donde se mezclan los más dispares modelos de “educación sentimental” con las memorias traumáticas no redimidas de las víctimas de toda clase de flagelos, sometidas a opresiones y barbaries. Aquí tienen cabida los testimonios orales en los tribunales de justicia transicional; la polifonía de las víctimas de abusos, destierros y guerras, y las narrativas estéticas unidas en el compromiso por develar las verdades anubladas por el sentido común o que escapan a las explicaciones racionales, siempre motivadas por mantener despierto el don del asombro y la ironía sin concesiones, mediante esas múltiples formas de “inteligencia de las emociones” que constituye el arte en su conjunto.

En Colombia el espacio biográfico se revela hoy en el auge del recurso de las historias de vida en las aulas de clase en sus diversas formas de expresión, bien sea como una mediación didáctica, como fuente de información en el contexto de una investigación sobre el pensamiento del profesor y la práctica pedagógica, o como relato de experiencia de un proceso de (auto)formación. Y más allá de las aulas, se manifiesta en los relatos de vida de victimarios y víctimas de la guerra, en los trabajos de memoria histórica, en las narrativas testimoniales, en las creaciones artísticas, en el cine y el teatro, e incluso en las telenovelas. Más que una difusión fortuita, hay que ver en ello una dinámica histórica del orden social, cultural y educativo contemporáneo reivindicativa de los relatos de “vidas minúsculas”, en lugar de los grandes metarrelatos en medio de la crisis actual de las transmisiones.

Los capítulos finales plantean que en Colombia vivimos actualmente un estado de asincronismo, visto, por una parte, en el orden de la producción social de memoria expresada en la proliferación de los “lugares de memoria”, como también en la creación estética y simbólica producida y exhibida desde abajo en las calles o en las academias, teatros y museos; y, por otra parte, en el orden de la producción jurídica y política que se manifiesta en los esfuerzos institucionales por la restitución de la dignidad, los derechos y los bienes de las víctimas. Frente a dichos órdenes, no obstante, la producción pedagógica de la memoria es todavía una asignatura pendiente en la vida nacional.

Con todo, las manecillas del tiempo histórico no se detienen; a medida que lo biográfico atraviesa y estructura cada vez más las dinámicas de formación y aprendizaje, se afirma la validez de una pedagogía de la memoria y del testimonio como una respuesta incondicional al otro, sin esperar nada a cambio, ajena a una noción mezquina de rentabilidad. Solo desde una pedagogía de la memoria fundada sólidamente en una conciencia histórica lúcida, será posible conquistar un nivel de emancipación por vía de la educación biográfica, de manera que pueda liberarse del círculo vicioso de la venganza que parece inmovilizar pasado, presente y futuro.

Finalmente, unas palabras de agradecimiento a todos aquellos que hicieron parte de esta conversación en las aulas. No es simple retórica si reitero la común advertencia de que no están todos quienes merecerían ser nombrados aquí, porque ni el espacio ni mi propia memoria alcanzan a cubrir semejante enumeración. Pero sí estoy advertido de que estos nombres incidieron en determinado grado, en algún sentido, en alguna deuda o traición, a lo largo de variados encuentros personales en muchos lugares y apelando también a otros medios virtuales: Christine Delory-Momberger, Elizeu Clementino de Souza, José González Monteagudo, Jesús Alberto Echeverri, Maria Conceição Passegui, Daniel Hugo Suárez y sus colegas en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, quienes me invitaron a conversar en distintas aulas y cafés durante una cálida temporada de primavera. A unos cuantos colegas y al sinnúmero de alumnos en la Universidad de Antioquia, y

especialmente a los maestros de escuelas y colegios con quienes he tenido la ocasión de compartir tantas ideas y experiencias de ida y vuelta que hemos hecho nuestras sin darnos cuenta. A Juan Diego Tamayo Ochoa, filólogo, por su ojo y oído de poeta aplicados a la primera lectura de los borradores sin concesiones en la corrección de estilo.

1. La educación como acogida

Una vez más, el orden de las razones, todavía útil, por cierto, pero a veces obsoleto, deja su lugar a una nueva razón, acogedora de lo concreto singular, por naturaleza laberíntica... al relato

Michel Serres, *Pulgarcita*

La narración interminable

Es un tópico recurrente, no solo en las teorías del lenguaje sino en las ciencias humanas en general, hacer referencia al carácter universal del relato en las culturas del mundo, sin excepción, debido a la variedad prodigiosa de géneros o discursos y a los innumerables soportes por medio de los cuales es transmitido: sea el lenguaje articulado, oral o escrito, o de las imágenes fijas o móviles, gestuales o corporales, o bien bajo la forma del mito, la leyenda, el drama, la tragedia, la comedia, la pintura, el cine, el cómic, la conversación de todas las horas. El relato es, en todo caso, omnipresente, existe desde los albores mismos de la humanidad, siendo creado y transmitido a través de generaciones, sin distinguos de clase, creencias o grados de dominio técnico; es internacional, transhistórico, transcultural, y está ahí, como la vida, incluso burlándose de la buena y de la mala literatura —como fue definido brillantemente por Roland Barthes en su célebre *Introducción al análisis estructural de los relatos* de 1966.

El impulso a los estudios sobre el lenguaje específicamente humano que acompaña el tránsito del siglo XIX al XX sitúa en el centro de las preocupaciones la cuestión de las variadas formas de expresión mediante las cuales el ser humano produce sentido en